MILO Y EL RENACIDO.

Había tocado fondo. Introvertido, pleno de soledad y depresivo al extremo. Ya no creía en las palabras de Kahlil Gibran, cuando este veía necesario el dolor para "romper el caparazón del entendimiento". Un dolor que lo había roto por completo, que le hacía insoportable salir, hablar, respirar o vivir. Pero todo cambió cuando en una de aquellas tediosas sesiones, bien por falta de herramientas, bien por el cada vez más sólido conocimiento del apoyo psicológico que supone la convivencia con mascotas, su terapeuta le recomendó adoptar un perrito.

Aquella noche yo estaba de guardia. Una de las cuatro sesiones de 12 horas que debía afrontar esa semana. Tras pasar consulta a algunos rezagados de la tarde, atender a los pacientes hospitalizados y rellenar los historiales pendientes de los compañeros del turno de día, esperaba un poco de tranquilidad para poder disfrutar de una película, deseando que el timbre o el teléfono no interrumpieran nuestra sesión cinéfila. Poco duró.

Ya en consulta y tras leer la anamnesis que mi auxiliar había iniciado en la sala de espera, pronto sospeché cuál podía ser la patología de Milo. Solo había que tener un poco de memoria olfativa; esa que uno adquiere la primera vez que te enfrentas a una diarrea de Parvovirosis. Un olor nauseabundo, metálico y penetrante, que una vez presentado, cual desengaño amoroso, dejará una impronta perenne en el hipocampo.
El test confirmó el diagnóstico y la analítica general el pronóstico. Milo era uno de los muchos cachorros que cada año son importados a nuestro país desde Rumanía y otras regiones del Este. Materias primas de bajo coste cuya supervivencia pende de un hilo desde su primera bocanada de aire. Los pocos que llegan vivos, lo hacen con un deplorable estado inmunitario, habiendo sufrido hacinamiento, soledad, inanición y una total falta de cariño. Cuando Milo llegó a Alberto, ya era tarde, el virus y varios tipos de parásitos intestinales estaban preparando el colapso de sus sistemas orgánicos. Pero esto él no lo podía saber.

Solo habían pasado cuatro días desde que su relación se había iniciado, desde que Alberto pasó por la tienda del centro comercial y pudo ver a través del escaparate esos ojos tristes y ausentes que identificó como los suyos propios. Fue rápida la decisión de adoptar al más débil, al desgraciado, al depresivo, a sí mismo. Pero bastaron dos días para que ese gesto iniciático cambiara su vida. De repente, entre cacas y pises por el salón, dudas sobre alimentación, cuidados y un reclamo constante de atenciones por parte de Milo, ese pequeño ser vivo había hecho que desistiera de su tercer intento de acabar con todo, le había hecho olvidar la soledad, la ausencia de ganas de vivir y la oscuridad que inundaba su alma. O al menos, no había tenido tiempo de pensar en ello. Pero a los pocos días Milo dejo de comer, comenzó a vomitar y a tener diarreas.

Diagnóstico en mano, explicamos a Alberto cuáles eran las opciones de Milo y como solemos hacer ante este tipo de casos, no fuimos nada optimistas. Muchos tiran la toalla, pero Alberto no, así que hospitalizamos al paciente e iniciamos un protocolo de medicina intensiva específico de parvovirosis. En pocos minutos Milo

quedó rodeado de tubos y nuevamente solo en una jaula (lo habitual en estos casos). Sin embargo, no fue tan común la petición del propietario: nos suplicó quedarse con su mascota en el hospital; no quería separarse de él. Tras consultarlo con nuestro jefe, decidimos aceptar y Alberto se instaló junto a la jaula de Milo. Esterilla, saco de dormir y una pequeña radio. Daba igual, todo lo que necesitaba estaba junto a él tras una puerta de acero inoxidable.

Todo el que haya tratado pacientes con gastroenteritis hemorrágica habrá padecido la inquietud de no saber qué pasará en las próximas horas. Existen pacientes que en poco tiempo colapsan y fallecen, mientras que otros, totalmente inestables hemodinámicamente, aguantan el tiempo suficiente para que su organismo expulse al virus. Milo parecía ser de estos últimos. Su hemograma auguraba un desenlace fatal, pero el tratamiento y probablemente el cariño que veinticuatro horas al día le proporcionaba Alberto, consiguieron que al cabo de una semana, diarrea y vómitos cesaran, aumentara su ánimo y comenzara a comer.

Sin embargo la enfermedad había dejado al pequeño dálmata en un estado severo de emaciación, sin reservas, sin defensas. A los dos días del alta hospitalaria acudió a la clínica de nuevo, esta vez con numerosos abcesos subcutáneos que nos llevó otras dos semanas drenar, controlar y evitar que causaran una septicemia fatal. Nuevamente el cariño de su propietario y de todo el equipo del hospital pareció ser crucial en su tratamiento y recuperación. Milo había superado su enfermedad.

En el tiempo en que Alberto estuvo hospitalizado con Milo, pudimos conocer su historia, su inexplicable caída en picado. Alguien que parecía tenerlo todo y que acabó solo, profundamente deprimido y sin ganas de seguir en este mundo. Dos intentos de suicidio, sin familia, sin amigos y sin motivaciones. Alguien que pocos días antes decidió tomar a un perro como compañero. Un perro que le salvó la vida. A partir de ese momento desapareció la soledad, aparecieron emociones olvidadas, salidas al parque, responsabilidades y quizá algún atisbo de felicidad. Ahora eran una familia.

Durante esas semanas todo el equipo del centro veterinario tuvimos claro que no solo estábamos tratando a un paciente, a un cachorro que había sufrido desde el momento de su nacimiento hasta que alguien decidió llevárselo a casa bajo el consejo de un psicólogo. Sabíamos que en parte, estábamos ayudando a salvar la vida de su propietario, una vida que para él no tenía valor sin Milo, como nos recordaba cada día.

Milo y Alberto nos siguieron visitando durante los siguientes años. Aparecieron amigos, pareja y alguna otra mascota, pero a pesar de que la esperanza de vida de los perros hace necesariamente pasar a los propietarios por su pérdida, esta fue muy bien llevada por Alberto, que a los pocos días nos sorprendió con una visita y un regalo para el equipo por ayudar a toda la familia a ser más felices y con más salud. Y es que seguramente sea esa la principal aportación de los veterinarios a este caótico mundo, ayudamos a tener una sociedad más sana y más feliz.